



General Ampudia.

III

MONTERREY

La noticia de nuestros desastres se esparció con pasmosa rapidez por todos los ámbitos de la República, produciendo una inmensa sensación de estupor. Había en todos la firme esperanza de un triunfo seguro; se creía que nuestro ejército saldría victorioso en todos los choques contra el enemigo, que lo iríamos haciendo retroceder hacia sus centros del Norte, y aun hubo optimistas que creyeron que pronto ondearía nuestro tricolor pabellón sobre el palacio de Washington.

Era que por una parte reinaba una estupenda ignorancia acerca del ejército americano, de sus elementos de guerra, de su organización administrativa y táctica y su aptitud para el combate, del temple de sus soldados y de la inteligencia é instrucción militar de sus jefes, y por otra parte, teníamos un desmedido orgullo nacional, creíamos que nuestro ejército era invencible, estábamos engreídos con los triunfos de la independencia, y que, habiendo vencido á España ante la que se estrelló el primer ejército del mundo, tendríamos que triunfar del ejército yankee, al que se imaginaba

como un montón desorganizado de cobardones sin disciplina ni patriotismo, que huirían como palomas á los primeros tiros ó al ver en manos de nuestros indios las temibles bayonetas!

¡Qué pronto despertó la nación mexicana de tan halagadores sueños y qué pronto nuestro latino orgullo fué sacudido al retumbar las baterías norteamericanas en las trágicas llanuras de Palo-Alto, donde sus cañones batieron impunemente nuestra brava infantería!

¡Fué en verdad un amargo despertar! y después de la noticia detallada de las dos primeras derrotas, hubo de comprenderse toda la inutilidad del valor de nuestras tropas desnudas, mal armadas, apenas mal nutridas, sin equipo, ni artillería, ni trenes, y dirigidas por jefes orgullosos acostumbrados á la anarquía, viviendo de los pronunciamientos, odiándose unos á otros, incapaces de subordinarse á un mando superior delante del ejército contrario integrado por hombres robustos, magníficamente armados, valientes, contentos en el servicio, casi todos voluntarios, dirigidos por generales aptos, obrando armónicamente bajo un plan de campaña bien discutido y estudiado.

Hasta la hora de los primeros desastres no abrió el país los ojos á la triste realidad. Entonces vimos que no estábamos preparados para la guerra, que casi no había ejército nacional, pues no podía titularse así á grupos más ó menos numerosos de hombres obligados por la fuerza á batirse unos contra otros por tal ó cual jefe. La nación yacía en un estado caótico; hervían odios y pasiones en las diversas clases sociales, y el pueblo se desangraba produciendo un extremo debilitamiento. Así pues, los Estados Unidos pudieron

escoger muy á propósito, después de prepararse, el instante de su ataque.

El gobierno mexicano, á la nueva de las derrotas, vaciló mucho tiempo en formarse un plan de defensa, contentándose con quitar del mando del *ejército del Norte* que descansaba en Linares, al general Arista, sustituyéndolo por Mejía, al que se enviaría una división de refuerzo para resistir el avance del general Taylor.

El general Mariano Paredes, elevado á la presidencia de la República por las intrigas infames del clero que prodigaba sus tesoros para que los mexicanos hiriesen á su misma patria haciendo imposible el gobierno de la República, pensó marchar al frente de las tropas que se organizaran en la capital rumbo al Norte; pero después de que empezaron á salir las primeras fuerzas, estalló un nuevo pronunciamiento el 4 de Agosto derribando del poder á Paredes y elevando al funesto Santa Ana.

Nada sería más fatal para el éxito de la campaña que tuviera como director este jefe todo egoísmo, orgullo, ambición, terquedad é ineptitud, que como soldado sólo poseía cualidades de valor y audacia; pero que por lo demás todo lo fiaba á su diz que inspiración, al azar y á su buena fortuna.

Los tristes resultados de esa guerra realzaron hasta la más trágica evidencia, las miserias de este hombre fatal, que tanta sangre, tantas lágrimas, tanto dinero y tanta vergüenza habría de costar á nuestra entonces desdichada patria!

Su primera disposición fué quitar del mando del *ejército del Norte* al general Mejía, entregándolo al general Ampudia.

Desde la época en que aún mandaba Arista, previendo la dirección que tomaría Taylor, se había destacado hacia Monterrey al batallón de Zapadores y la sección de ingenieros, con el objeto de que principiaran á ejecutar las más necesarias obras de fortificación para la defensa de la plaza, hacia la cual había marchado el grueso de las tropas que habían permanecido en Linares, el 9 de Julio. Aquéllas ascendían á 4,800 hombres integrando los siguientes cuerpos: *Infantería*: 1^{er} regimiento, 2^o ligero, 4^o y 10^o de línea, y dos compañías del 6^o, Activos de México y Morelia. *Caballería*: 7^o y 8^o ligero. *Artillería*: 13 piezas. Hacia Tampico se dirigía el batallón Activo de Puebla y el batallón y compañía Guarda-Costa de aquel puerto al mando del general Morlet.

En cuanto arribaron las tropas á Monterrey, se dedicaron todas con la mayor actividad á la continuación de las obras de defensa, mientras llegaba el general Ampudia con las fuerzas que se habían concentrado en San Luis. Cuando éstas se incorporaron, la guarnición ascendió su efectivo á cerca de 5,000 hombres. En Marín se situó un regimiento á la expectativa del enemigo que avanzaba lentamente sobre Monterrey.

Las obras de defensa de la plaza de Monterrey — ciudad situada á la salida de la garganta que atraviesa la Sierra Madre, de la que un ramal la envuelve por el Oriente y Sur, corriendo á su pie el río de San Juan, que podría servirle de foso — eran las siguientes: tres pequeñas fortificaciones abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería. También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo. Del

lado del Norte, se construyeron dos flechas dispuestas para contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.



General Arista.

Á la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima, se levantó una obra irregular según lo per-

mítica la localidad. Detrás de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella. Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano y al rededor de los muros de una Catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado, con baluartes. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única fortificación seria que había en Monterrey. Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una *tenería*, cuyo nombre llevó. Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas, á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia. En el cerro llamado del Obispado, estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un crestón, situado á la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba. Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza. La otra obra era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construido sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación. Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos. Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

El 13 de Septiembre, el ejército americano se avistó

en Papagallos con las avanzadas mexicanas que retrocedieron concentrándose aquél cerca del río San Juan, á 25 millas de Monterrey.

Ese mismo día, reunió el general Ampudia una junta de guerra para dictar las disposiciones convenientes á la defensa, dando por resultado que se abandonasen las obras de fortificación que se construían entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose sólo las de estas dos posiciones, la del reducto de la tenería y las trincheras del interior de la ciudad.

La actitud del general Ampudia era en extremo vacilante, cuando más necesaria era la energía y la tenacidad en un plan bien determinado; pero muy al contrario, cambiaba sus disposiciones de un día á otro. Así fué cómo en un principio optó por tomar la ofensiva y salir briosamente á atacar al enemigo batiéndolo en un punto á propósito, encerrándose en Monterrey en caso desgraciado. Después abandonó este plan resolviendo reducirse á una actitud absolutamente defensiva, contra todos los preceptos de la ciencia de la guerra, que condena este sistema.

En efecto, fué absurdo y hasta vergonzoso haber dejado avanzar tranquilamente al enemigo, sin hostilizarle, sin inquietarle en lo más mínimo, pudiendo haber sorprendido con frecuencia sus flancos y retaguardia, ó haberle cortado sus comunicaciones. Nada de eso se hizo; nuestra caballería presencié impávida la entrada de un escuadrón norteamericano al punto de los Alacranes, sin haberse disparado un solo tiro.

El día 19 de Septiembre, se presentó el enemigo delante de la plaza principiando al instante sus reconocimientos, partiendo desde la Ciudadela los pri-

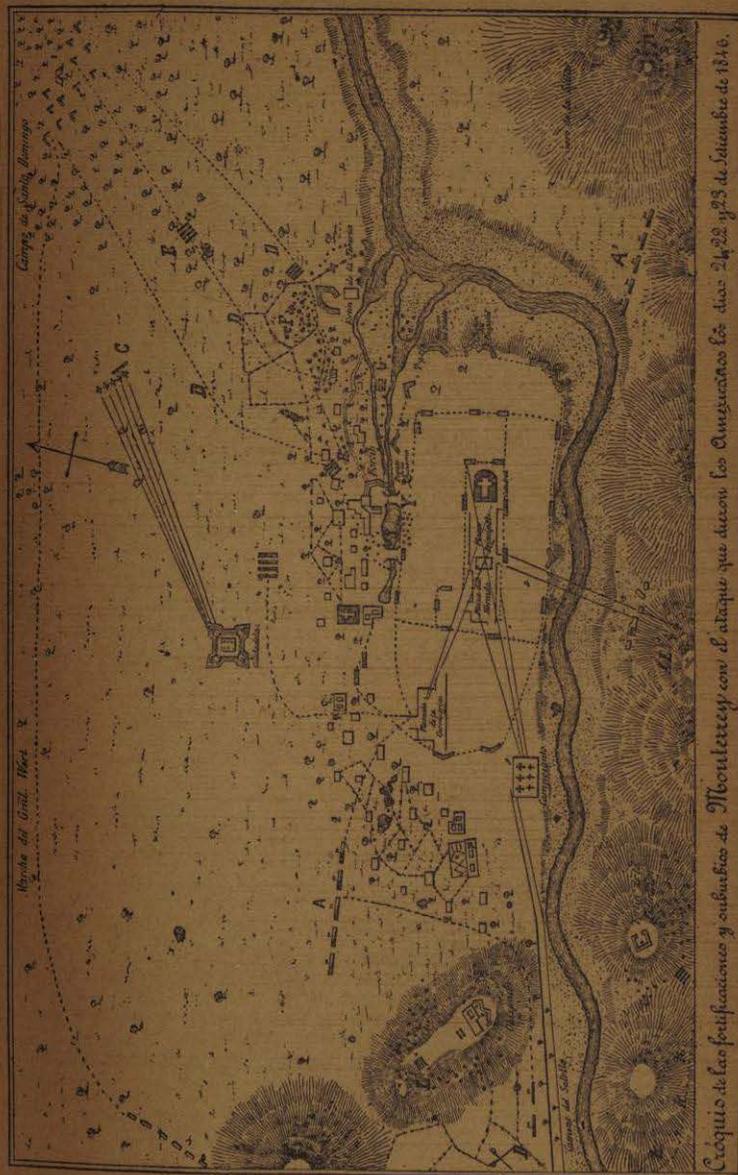
meros cañonazos que pusieron en alarma la población.

Al toque de Generala, las tropas tomaron las armas y ocuparon los puntos que se les designó para su defensa. Se formó una reserva compuesta de los batallones *Aguascalientes* y 3º y 4º *Ligeros*. Esta debía obrar en combinación con la caballería, cuya fuerza debería á su vez atender á los lugares donde fuese más vivo el combate para entrar en acción á primer orden.

El día 20 continuaron los reconocimientos del ejército americano, protegidos sus ingenieros por partidas de caballería que recorrían las inmediaciones de la ciudad. En la tarde de ese día, una columna al mando del general Worth, con varios carros y artillería, se dirigió por la espalda del Obispado hacia el camino del Saltillo, con el objeto de cortar las comunicaciones con aquel punto. Parte de nuestra caballería se dirigió á impedir aquel movimiento, en tanto que del Obispado se cañoneaba á la columna en marcha. La noche se pasó á la expectativa de recio combate.

Durante ella, ante la prudente advertencia de un oficial de ingenieros, se reedificó con toda actividad el Fortín de la tenería, que se había derribado en virtud de absurda orden del jefe director de las obras de defensa.

Al amanecer del día 21, la columna del general Worth se puso en marcha dirigiéndose rumbo al río, con objeto de tomar el Fortín de la Federación, situado al Sureste de la ciudad. Nuestra caballería, al mando del general Torrejón, intentó cortarle el paso, cargando á sable y lanza sobre aquella fuerza compuesta de buena y sólida infantería. Esta hizo alto tras unas milpas y « CERCAS » de árboles y piedras, desde donde rompió



Cóqueto de las fortificaciones y subterráneos de Monterrey con el ataque que dieron los Americanos los días 24, 25 y 26 de Septiembre de 1846.

un fuego ordenado, vivo y certero, que desorganizó á los cuerpos de dragones mexicanos, detenidos por los obstáculos del terreno. En vano el general Don Manuel Romero hace esfuerzos inauditos por abrir un portillo por donde pasar para caer sobre el enemigo; su fuego diezma la mexicana tropa, en tanto que el comandante de los *Lanceros de Jalisco* cae muerto al frente de sus valientes. El teniente coronel Mariano Moret, que pudo llegar al frente de cincuenta Lanceros de Guanajuato hasta la terrible línea de hierro y fuego de los americanos, hace atroz carnicería, lanza en ristre, hasta quedar aislado en la refriega, muertos sus bravos soldados, y él sólo, herido, llega intrépidamente hasta los mismos cañones enemigos, donde, rota su lanza, tira de la espada y acuchilla, heroico y sublime, á los americanos, desconcertados en aquel punto por tan valiente carga... Luego, vuelve bridas y regresa á galope, cubierto de sudor, polvo y sangre, yendo á reunirse con el resto de la caballería que no pudo cargar... ¡Había recibido en su cuerpo, caballo y montura quince balas!

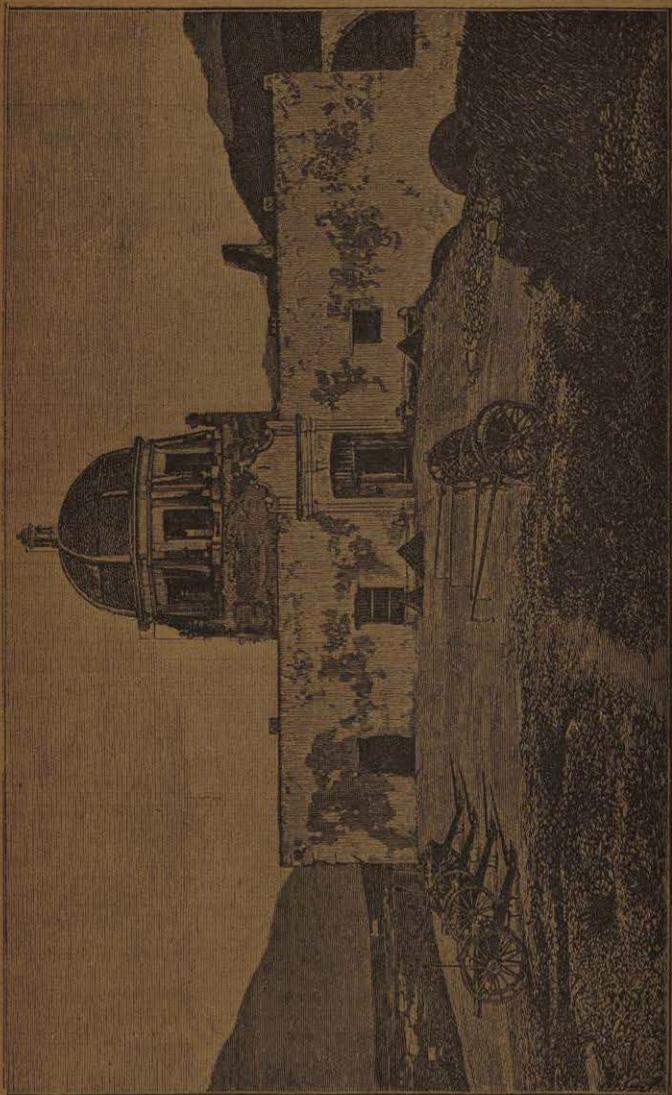
No pudiendo resistir más el fuego, se retiró la caballería, dejando el campo cubierto de despojos.

De nuevo, la impericia de nuestros jefes había sacrificado numerosas víctimas. ¿Por qué no se observó el campo antes de ejecutar la carga, para no lanzarse á ciegas sin conocer los obstáculos que puedan presentarse?

¡Deplorable falta de previsión! Las pocas veces en que nuestros generales se decidían á tomar la ofensiva, lo hacían así, de un modo brusco y desordenado, prodigando inútilmente valor, esfuerzo, fatigas y existencias!

Rechazada la carga, el general Worth siguió su marcha sobre el Fortín de la Federación, donde había un destacamento de 80 hombres con dos cañones en mal estado. La plaza no le mandó auxilio alguno, y atacado por toda una brigada, batido por una batería fué tomado por el enemigo, tras débil resistencia.





Monterrey. — Antiguo obispado (hoy cuartel de artillería).

IV

EL REDUCTO DE LA TENERÍA

El general Taylor creyó desde un principio al emprender su marcha victoriosa sobre Monterrey que el apoderarse de esta plaza sería cosa sencilla y obra de un ataque que, bien preparado, lograra la adquisición del punto en unas cuantas horas.

Después de los necesarios reconocimientos efectuados con escrupulosidad los días 19 y 20 en que las divisiones de Twiggs y Butler permanecieron acampadas en el bosque de Santo Domingo, decidió el General en jefe americano dar un asalto general á la plaza por varios puntos, desprendiendo diversas columnas apoyadas por sus baterías más ligeras. Mientras la brigada de Worth, que había partido desde la víspera á cortar el camino del Saltillo y tomar el reducto de la Federación era atacada por nuestra caballería que había pernoctado en el Jagüey, el general Taylor disponía tres columnas de asalto sobre la parte Nordeste de la ciudad, ocultando tal operación con amagar las fortificaciones del Obispado, haciendo sobre él un nutrido fuego de artillería.

En efecto, situó una batería para que estuviese bombardeando la Ciudadela. (Véase en el croquis el punto T).

Preliminar operación era tomar el Fortín de la Tenería, que se juzgaba de gran importancia, por dominarse desde allí diversos pasos y entradas á la Plaza.

Los mejores cuerpos con que contaba el ejército americano, entraron á constituir las tres poderosas columnas que debían atacar la Ciudad por el Nordeste, teniendo que ocupar ante todo el reducto de la Tenería.

Esta obra de defensa, de tanta importancia, en un principio se ejeculó con actividad para ser luego derribada, como ya dijimos, por disposición del general Ramírez, pero en la noche del 20 hubo de reconstruirse á toda prisa, empleando en ello, con grave pérdida de la energía de la tropa, á los mismos soldados que guarnecían el reducto. Así fué que al amanecer del día 21 sus parapetos no estaban aún concluidos, completándolos con sacos á tierra, defectuosísimos, pues su cubierta era de mal género de algodón. El foso tampoco pudo terminarse, siendo poco ancho y casi nada profundo, y, según afirma un testigo presencial entendido en el arte de la fortificación y la artillería de cuyas notas extractamos esta descripción, sobre las plataformas para los cañones colocados á *barbeta* no se habían establecido explanadas de madera, debiendo producir semejante falta trascendentales dificultades en el servicio durante el combate, encontrándose, como se hallaba, sobre una tierra que recientemente amontonada y humedecida por la lluvia, no era sino funesto lodazal.

La guarnición de la Tenería constaba apenas de 200 infantes y tres piezas de artillería mal dotadas de

sirvientes. Agréguese á esto que, por descuido ó falta de tiempo, no se ejeculó la obra capital de despejar el campo frente á la fortificación, limpiándole de árboles, montículos, piedras, milpas, magueyes y nopales, y tantos otros obstáculos tras de los que el enemigo habría de parapetarse contra los fuegos del reducto al emprender el asalto.

El trazo del Fortín aproximábase al de una *luneta*, en uno de cuyos flancos se había agregado una pequeña cara con el objeto de ocultar la *gola*, que sin ello hubiera quedado completamente descubierta.

Apoyábase en un conjunto de árboles entre los que se alzaban viejos cuartuchos y humildes jacales sobre el camino que daba al Puente de la Purísima, habiéndose tenido la imprevisión de no haber ocupado sólidamente la arboleda y caserío, ligándolos con el Puente, apoyando de este modo el extremo izquierdo que sería flanqueado por los fuegos de la Ciudadela, lo que unido á la ayuda de la caballería que obrara por los campos en auxilio del reducto, hubiera producido muy respetable efecto en las tentativas de asalto de aquel adversario que tuvo que convencerse muy pronto de la insuficiencia de nuestros atrinchamientos.

Las tres columnas de ataque se dirigieron á paso veloz, aprovechando las sinuosidades del terreno para ocultarse hacia la parte Sureste, ocupando la de la derecha solares y arboledas, quedando la del centro en reserva, y embistiendo con decisión la de la izquierda sobre la Tenería, precedida por líneas de hábiles tiradores que, con el humo y el estruendo de sus fuegos, enmascaraban la dirección del asalto.

En cuanto estuvieron á tiro de cañón, fueron reci-

bidos los americanos por un vivo fuego que no contestaron hasta apoderarse de algunas casas y jacaes desde donde empezaron á batir la posición mexicana. Tropas de la izquierda enemiga trataron de envolverla, pero fueron detenidas á tiempo, teniendo que retroceder. Por su derecha también tuvieron que cejar cuando intentaban acometer la retaguardia de la Tenería para flanquearla.

Llegó por fin el momento en que las tropas americanas que habían hecho alto al frente del reducto, después de un tiroteo vivísimo, arremetieran con decisión. Llegaron hasta el borde del foso desde donde hicieron fuego valientemente contra nuestros artilleros. Fué bien contestado, y muchos enemigos cayeron, teniendo que retroceder la columna hasta ponerse fuera del alcance de nuestros cañones, yendo á rehacerse más á retaguardia con el resto de sus fuerzas que también habían tenido que cejar.

Anímense de nuevo los asaltantes á los gritos de sus oficiales, y organizada otra columna, vuelven á la carga con menos brío, pero con más parsimonia; avanzando lentamente su amplia cortina de tiradores, quienes se detenían tras cada incidente del terreno que pudiera cubrirlos, haciendo fuego, echados rodilla en tierra, agazapados ó tendidos tras los magueyales, milpas y nopaleras, envolviendo el reducto mexicano en una onda tronante de fuego y plomo.

Por fortuna para la continuación de la defensa en el Fortín, llegó de la plaza como refuerzo una sección de 150 hombres del 3º Ligero y un cañón de á ocho. Esta pieza y parte de la infantería pasaron al reducto, situándose el resto de los infantes en las azoteas de la casa de la Tenería.

Por su parte los americanos habían recibido también considerables refuerzos disponiéndose á otro ataque, apoyados por piezas de artillería que rompieron sus fuegos sobre aquel rumbo de la ciudad. Entonces la columna del centro que había quedado como reserva, apoyó á su vez el empuje intentando volver á flanquear; pero un bravo oficial de nuestra artillería saca una pieza del Fortín y fuera de las obras de defensa, rápidamente la enfila hacia la masa americana que rumbo á aquel flanco se aproxima, y tras unos cuantos certeros disparos, la dispersa y barre.

Ya la guarnición de la Tenería estaba fatigadísima, hambrienta, jadeante y presa de una sed espantosa; ardían los cañones de los viejos y malos fusiles; desmoronábase la trincherá; pero seguía batiéndose con entusiasmo y bizarría, respondiendo con la muerte y á los gritos de ¡viva México! al ataque de los invasores.

Sin duda creyeron éstos ya imposible la victoria, porque de súbito se retiraron los del centro y de la derecha, ejecutando este movimiento la columna de la izquierda, dando ocasión á la más viva y noble alegría en los defensores del Fortín.

¿Se había triunfado....? ¿Se retiraba vencido el enemigo?

¡Oh! sí, así parecía..... Huía en desorden y en montón..... Estallaron gritos de entusiasmo, vibrando en el aire ennegrecido por el humo de la pólvora los gritos de ¡viva México! acompañados por el alegre son de los clarines que prorrumpían en dianas!

¿Qué había pasado....? Fué que hacia la derecha de los americanos se presentó una columna de caballería mexicana dispuesta á cargar sobre ellos á punta de lanza y filo de sable.

Tal era el origen del pánico de nuestros enemigos.... Fatigados, con grandes pérdidas en oficiales y tropa, confiando en el triunfo sólo por el auxilio de nuevos refuerzos, que aun no les llegan, ven caer de pronto sobre su débil flanco, numerosa y fresca, lanzada á toda brida, la caballería mexicana, palpitante de odio....! ¿Cómo no creer en su derrota ante ese golpe inesperado que les amenaza....?

Y en efecto, ella y nuestro triunfo hubieran sido seguros, aplastantes y decisivos, si aquella caballería hubiera cargado, toda y unida en perfecta cohesión y al mando de una sola voz, sobre el sangriento y débil flanco derecho del ya medroso adversario..... Mas para colmo de nuestras desdichas, en esta ocasión en que el sable de esa caballería, tan costosa y tan inútil hasta entonces, hubiera podido decidir la victoria en un terreno propio, — si no para una carga de grande empuje, al menos para un terrible amago de efecto decisivo sobre un enemigo maltrecho y vacilante, ¡oh! sí, para colmo de ignominia, en esta vez no cargan todos los escuadrones..... ¡y apenas cincuenta lanceros mexicanos se dieron el gusto de dar quehacer á sus brazos para derramar sangre de enemigos! teniendo al fin que volver grupas para incorporarse al grueso de su fuerza.

Habiéndose retirado ésta, los americanos ya sin temor y con más auxilios, volvieron á organizarse en otra columna cubierta y flanqueada por diestros tiradores que tornaron á abrir trágico fuego sobre el heroico reducto.

En él, después del primer entusiasmo que produjera la creencia en el triunfo definitivo, había un abatimiento espantoso, exhaustas ya las fuerzas de todos

sus defensores que llevaban horas y horas de estarse batiendo, encontrándose los artilleros reducidos á tener que hacer fuego con sus cañones colocados á *barbela*, cazados aquéllos por los tiradores enemigos á los que los nuestros contestaban á su vez, eliminando á los contrarios que eran inmediatamente sustituidos por gente de refresco.

De repente resonó un terrible grito, grito que produjo un profundo pánico: — ¡Parque! ¡Parque! — ¡No hay parque!

En efecto, se habían agotado las municiones, tanto de cañón como de fusil, y aunque repetidas veces se habían mandado pedir con urgencia á la plaza, lo mismo que agua y refuerzos, nada de esto llegaba, distraído nuestro general en jefe con los asaltos que el enemigo daba al mismo tiempo por el Poniente, donde acababa de tomar el Fortín de la Federación, y por el Norte, donde amagaba al Obispado. Entretanto, la reserva que hubiera podido ser utilísima para sostener y rechazar el asalto, permanecía inactiva cuando más necesario era su apoyo.

Las columnas americanas que se rehacian frente á la Tenería, al notar que nuestros fuegos disminuían, redoblaron los suyos, y cuando el Fortín calló por completo dispusieron un nuevo asalto, comprendiendo que ya no habría resistencia.

Algunos oficiales de la guarnición del reducto arengaron á la tropa para decidirla á hacer una salida á la bayoneta sobre los asaltantes; pero la empresa era temeraria, imposible. Ya no había fuerza ni ánimo en nuestros pobres soldados, muertos de fatiga y de sed, y además, comprendían que el enemigo era cada vez más superior en fuerzas y armas y que

los barrería con metralla si salían de la fortificación!

Careciendo de parque, hubo que abandonarse ésta, no quedando sino un grupo de oficiales y valientes soldados que esperaron á pie firme, en el reducto unos, y otros en las azoteas de la Tenería. Los americanos lanzaron un ¡hurra! estruendoso, y á todo correr se dirigieron sobre el parapeto; saltaron á los fosos y subieron por el ángulo saliente de la obra, donde hicieron fuego sobre los últimos defensores, matando algunos y tomando prisioneros á los demás.

Pocos momentos después, ondeaba sobre el Fortín de la Tenería el pabellón de las estrellas. El combate había durado, sin un momento de tregua, desde las 7 de la mañana hasta las 12 del día.

Las fuerzas mexicanas que guarnecían el Puente de la Purísima y el Fortín del Diablo, principiaron á hacer fuego sobre las enemigas que habían tomado la Tenería, las que se vieron obligadas á cubrirse dentro de los fosos.

Otra columna americana, animada por aquel primer triunfo, avanzó sobre el Fortín del Diablo; pero fué detenida por un vivísimo fuego de fusilería y cañón. Los invasores se posesionaron entonces de puntos tras de los que podían contestar al fuego del Fortín, agazapándose tras los matorrales y asperezas del terreno para emprender nuevos ataques que eran valientemente rechazados. Pero se cometía la falta de no perseguir al contrario en su retirada para acabar con él ú obligarlo á dispersarse por completo sin darle tiempo á rehacerse y esperar refuerzos, lo cual hacía con toda tranquilidad, pudiendo así cubrir sus bajas y aumentar su efectivo, con lo que tornaba á la carga cada vez

más poderoso, mientras nuestra brava tropa disminuía en número y energías, fatigándose hasta rodar desmayados los más inquebrantables defensores.

Cargáronse los americanos hacia la izquierda nuestra para descubrir la gola del Fortín; pero notado esto por el jefe de artillería, hizo sacar de la obra algunas piezas con las que se les hizo un fuego terrible que los obligó á dispersarse. Intentaron, por último, un segundo ataque, pero fué rechazado con igual bizarria que las veces anteriores, teniendo al fin que desistir de su intento, regresando á su campo sin haber obtenido el triunfo.

Otra columna de asalto atacaba á la sazón por el Norte el Fortín de la Purísima que cubría el puente del mismo; pero también allí encontró una resistencia inquebrantable, no obstante que en ese punto no había sino un cañón de á doce que dirigía en persona un capitán de artillería.

También en esta parte dieron tres asaltos los americanos, siendo rechazados con tal ímpetu en el último, que los nuestros, haciendo una brillante salida, pudieron perseguir al enemigo al que tomaron varios prisioneros después de un combate cuerpo á cuerpo á bayoneta calada, combate en el que hizo patente su bravura el soldado mexicano, animado poderosamente á los gritos de ¡viva México!

También en el Fortín de la Purísima hubo un momento en que faltó parque, y cuando dieron esta noticia al general Mejía, jefe de aquella línea, contestó:

— ¡No se necesita parque cuando hay bayonetas!

Y entonces fué cuando entusiasmó á las tropas haciéndolas salir á la bayoneta sobre los asaltantes.

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reducto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.



V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 50 dragones á pie.

El enemigo organiza tres columnas de asalto á las que se oponen parte de la fuerza del Obispado; trábese una lucha desesperada en que los nuestros, agobiados por el número, tuvieron la peor parte; sin embargo, se contuvo por algún tiempo el impulso del invasor.

Si en aquellos momentos el general Ampudia hubiera utilizado las tropas de reserva enviándolas á sostener la lid, se habría arrojado á los adversarios, arrollando sus columnas. Mas no fué así, se le permitió que con fuerzas superiores atacara, unos tras otros, puntos aislados y con cortas guarniciones en cuyo auxilio no iba la reserva.

Á las 4 de la tarde penetraban las columnas americanas en las obras del cerro del Obispado cuyos defensores tuvieron que retirarse á la plaza, batidos por los fuegos de nuestra misma artillería, que no se pudo clavar á tiempo.

Refiérese que se cometió el imperdonable y vergonzoso descuido de dejar abandonada una bandera nuestra, enarbolada en lo alto de un montículo cercano á la fortificación. En el desorden y confusión de la retirada, un humilde soldado mexicano notó el abandono de nuestra sagrada enseña, hacia la que se dirigía un grupo de soldados enemigos; entonces él, empuñando su fusil, corrió á la bandera, arrostrando el fuego de los vencedores, y heroicamente la arrancó, salvándola de la afrenta que le esperaba!

El ataque de toda la Loma de la Independencia, en cuya parte Suroeste se encuentra el Obispado, lo efectuaron las tropas de la división de Worth, desprendidas del Fortín de la Federación.

Con su triunfo quedaba dominado el Poniente de Monterrey y el camino del Saltillo, dejando cortada á

nuestras fuerzas toda comunicación con el resto de la República.

Muy tarde fué cuando el general Ampudia se decidió á enviar tropas en auxilio de la posición, cuando ya había caído en poder del enemigo y cuando nuestros soldados entraban en desorden, perseguidos y acuchillados por destacamentos ligeros enemigos.

El general Worth, después de presenciarse la toma del fuerte, se adelantó con el resto de sus tropas y una batería, é hizo subir y colocar en el *bonete* nuevos cañones que empezaron á dirigir sus fuegos sobre la plaza.

En ella produjo un pánico atroz esta derrota, abatiendo profundamente la moral de la Guarnición. Para colmo de desastres, el general en jefe en vez de prepararse á una defensa más enérgica, ejecutar una salida, ó intentar siquiera recuperar alguno de los puntos tomados, hizo abandonar la defensa de la primera línea, desamparando las obras más avanzadas por el Poniente, Norte y Oriente, conservando sólo algunas del Sur, á la orilla del río, á muy poca distancia de la ciudad. Se mandó encerrar también algunos cuerpos de caballería dentro de la plaza, desmontando á la tropa para que sirviese como infantería.

El abandono de la primera línea de defensa se ejecutó en la noche del 22, en medio del mayor desorden, porque multitud de soldados y oficiales, con más pundonor y patriotismo que muchos jefes, se negaban á obedecer semejante orden... ¡Repugnaba á su espíritu militar, á su corazón de mexicanos, dejar al enemigo aquellas trincheras, aquellos reductos que tantos días de fatigas y noches de vela, de esfuerzos, de miserias y de privaciones, habían costado; entregar aquellos parapetos al odioso Invasor sin disputárselos,

sin hacérselos pagar caro ¡á buen precio de sangre y hasta quemar en su defensa el último cartucho! ¡Oh! si todas esas trincheras se hubieran defendido con el mismo brío con que se defendió el *Fortín de la Tenería*, aunque hubiesen corrido igual suerte, qué pérdidas no habría sufrido nuestro adversario!

El día anterior en unas cuantas horas había tenido cerca de 400 hombres fuera de combate, en los ataques de la Tenería, el Rincón del Diablo y el puente de la Purísima. Regimientos enteros de las tropas de Taylor habían retrocedido derrotados ante el fuego de nuestras fatigadas tropas... ¿por qué no se habían de defender con el mismo denuedo las demás fortificaciones que así se abandonaban?...

Dentro de la ciudad, en la tercera línea de defensa, se cerraron las bocacalles con trincheras, barricadas y *sacos á tierra*, y se aspilleraron las casas, coronando las azoteas con tiradores.

Al amanecer del día 23 pudo observar el general Quittman desde su posición de la Tenería el abandono de la primera línea, dando parte de ello al general Taylor, quien ordenó que fuesen ocupados inmediatamente aquellos puntos, disponiendo un asalto á la ciudad por la parte Oriental.

Avanzó al efecto el Regimiento de Rifleros de Misisipi, sin encontrar resistencia, hasta dar contra las trincheras interiores, donde fué saludado á metrallazos. Tuvo que replegarse bajo el fuego de nuestra infantería que coronaba las azoteas. El general Quittman envió como refuerzo el regimiento de Tennessee y el regimiento Texano del Este, que avanzaron con más precaución por las azoteas, por las huertas y el interior de las casas, ganando el terreno palmo á

palmo y dando lugar á combates parciales y aislados en que se luchaba cuerpo á cuerpo, pecho contra pecho, bayoneta contra bayoneta, disparándose los fusiles y los rifles á quema ropa, hundiéndose las espadas hasta la empuñadura, dentro de los vientres de los combatientes, en el colmo del furor y el odio!... Tremendos gritos y alaridos repercutían.... Tronaban descargas de cañones y fusiles.

¡Fué aquella una refriega espantosa! Otros cuerpos americanos fueron enviados en apoyo de los primeros, lo mismo que una batería que empezó á cañonear las trincheras; pero su fuego resultó ineficaz por no poder obrar los artilleros á descubierto por entre las tortuosas calles de los barrios de Monterrey.

Había un gran entusiasmo entre nuestra tropa, que se batía con admirable valor, dispuesta á la muerte, lanzando vivas á la patria....

En el fondo de tan terrible cuadro destácase una nota bellísima : recorría las filas mexicanas, entre el humo y la sangre, una dama de tierno y hermoso aspecto, repartiendo refrescos y comestibles á la tropa, animándola al combate con delirante entusiasmo y alto patriotismo... Veíase en las azoteas, yendo á dar de beber á los más esforzados combatientes, reanimando á los que extenuaba la fatiga, consolando á los heridos, prodigando vino, pan y carnes á los bravos, sin cesar de repetir con acento vibrante y argentino :

— ¡Fuego, muchachos! ¡fuego, buena puntería! ¡á ellos! ¡viva México!... ¡allá voy! un momento... ¡allá voy! no desperdiciar un solo tiro!... ¡Viva México! ¡Viva la patria! ¡Viva Monterrey!

¡Épicamente sublime era aquella tierna belleza

femenina, apareciendo como el Ángel de la Gloria entre aquellos toscos soldados que la salpicaban de polvo y sangre con sus callosas manos, — negras y rojas, — quemadas por el fuego del combate!

El nombre de esta heroica dama ha pasado á la Historia destacándose con letras de sol en una de sus páginas más negras: *María Josefa Zozaya!*

Notando el general Worth en sus posiciones del Oeste el estruendo de la lucha que se encarnizaba en el Oriente de la ciudad, quiso no ser menos impetuoso que sus colegas los generales Quittman y Taylor, y él, por su parte, lanzó sus columnas sobre los barrios del Poniente de Monterrey. Y también por ese rumbo se generalizó la lucha; y las columnas de Worth fueron detenidas en las primeras calles por nuestra infantería, que desde las azoteas, tras las paredes de las casas atroneras y desde las trincheras, hacía un fuego vivo y certero. ¡Vibraron los gritos de guerra de nuestros soldados, sedientos de sangre enemiga! Los americanos tuvieron que retroceder para seguir el ataque en otra forma: más lentamente; horadando las casas y procurándose también improvisadas trincheras desde donde contestaban, á su vez, á nuestros fuegos, entablándose un terrible duelo á fuego granado y á cañonazo seco!

Ocho compañías americanas entraron hasta la plaza de la Capilla, en cuyos ángulos colocaron piezas de artillería apoyadas por secciones de infantería; avanzando luego hacia la Plazuela de la Carne donde había una fuerte trinchera y en cuyas cercanías se trabó una refriega desesperada. El resto de la artillería de Worth se instaló en el Camposanto desde donde se

empezó á batir la ciudad, habiéndose instalado otra batería en una colina al Sur de la plaza.

Un mortero de grueso calibre se montó ante la Capilla, con el objeto de empezar el bombardeo.

Mientras estas operaciones se ejecutaban y el fuego de la pelea ensangrentaba cuartos, patios, calles y plazuelas en el rumbo occidental de Monterrey, las columnas que el general Quittman había lanzado sobre el Oriente se retiraban por orden del general Taylor sin haber logrado su objeto, rechazadas con grandes pérdidas, abandonando manzanas enteras que habían ocupado á fuerza de valor y energía, replegándose las tropas americanas á sus posiciones del Rincón del Diablo, la Tenería, y á las otras adyacentes que habían pertenecido á nuestra primera línea de defensa.

Al caer la tarde cesó el combate por todas partes; y en la noche el adversario empezó á arrojar bombas sobre el centro de la plaza, cuya guarnición se había batido con tanto brío, sufriendo en extremo, pero capaz aún de soportar y resistir nuevos ataques, enardecida con las luchas de la jornada, velando sobre las armas, en espera del triunfo.

Mas por desgracia, malos jefes, malos mexicanos, ricos propietarios que temían por sus intereses y por sus vidas, impusieron sus medrosos egoísmos, disfrazados de conveniencias generales, ante la vacilante y débil actitud del general Ampudia, á quien se le aconsejó que solicitara del enemigo el que aceptase la capitulación de la plaza bajo honrosas condiciones.

¡Con qué rubor, con qué amargura tenemos que escribir estas líneas, al trazar el relato de estos episodios que quisiéramos fuesen todos luminosa y ampliamente gloriosos para la vida militar del ejército de

nuestra querida patria! Pero es preciso acatar el deber de referir todo diciendo la verdad entera y única!...

¡Si que hay gloria, y mucha, en aquel ejército mexicano de entonces que combatió tras los muros de Monterrey... los mismos invasores lo afirman! pero esa gloria pertenece sólo á la tropa y á la oficialidad subalterna, no corrompida aún por el oro de las ambiciones de aquel feudalismo extraño, de la aristocracia del sable y de la cruz, que más tarde habría de seguir ensangrentando la patria....

Porque, justo es decirlo, los oficiales pelearon en Monterrey como simples soldados, guarneciéndose la fornitura y empuñando el fusil, dando ejemplo de gallarda intrepidez y de ímpetu valeroso en lo más recio de la contienda.

Aquella misma noche el general Ampudia, resuelto á capitular, después de una *junta de guerra* á la que asistieron los generales jefes de brigadas y de cuerpos, envió al campo enemigo del general Taylor un oficial parlamentario proponiendo conferenciar para un arreglo entre ambos beligerantes.

Á muy buena hora llegaba semejante emisario, pues el jefe americano, en vista de la obstinada resistencia de la plaza, previendo que si insistía en sus ataques éstos tendrían que ser rechazados, ó al menos muy ligeras ventajas y avances podría obtener, y que por otra parte pronto se le agotarían los víveres y municiones, si trataba de continuar el asedio en toda forma, sin fuerzas de reserva, y separado cuarenta leguas de su base de operaciones, había preparado ya la retirada de su ejército hacia Camargo, donde pensaba esperar refuerzos de hombres, víveres, artillería gruesa y material de sitio.

Mas he aquí que la Fortuna le brindaba con un triunfo tan inesperado como fácil y para él aparentemente brillante. Cuando, según algunas versiones, trataba Taylor de tener cualquier acomodo con el jefe de la guarnición mexicana, recibió un parlamentario con proposiciones que hicieron cambiar de súbito su plan.

Entonces contestó á Ampudia que no admitiría más condiciones de su parte, que la rendición absoluta de la plaza que habría de entregarse á discreción, permitiendo sólo, por mera caballerosidad, que los oficiales conservaran sus espadas, debiendo jurar no esgrimir ellos nunca sus armas contra el ejército de los Estados Unidos.

Semejante proposición de parte del enemigo era un sangriento ultraje al ejército sitiado, y Ampudia, al fin, protestó con toda energía, prorrumpiendo, con noble cólera surgida del fondo de su conciencia que tuvo un relámpago de lucidez, recordando las viejas tradiciones que hablan de la gloria, del patriotismo y del honor, en esta frase :

— Antes que aceptar esas condiciones me haré sepultar con todas mis tropas y con toda la población bajo los escombros de la Ciudad!

El general Worth propuso entonces que hubiese una conferencia entre individuos escogidos de uno y otro bando, para que discutieran los preliminares de la capitulación, nombrándose para ello, por nuestra parte á los generales Ortega y Requena y al Gobernador de Nuevo León: Llano; y por parte del enemigo al mismo general Worth, al coronel Davis y al Gobernador de Texas: Henderson.

Nuestros representantes discutieron con acaloramiento las bases del tratado, exigiendo en un principio

que la guarnición saliera de la plaza con toda su artillería, sus armas, sus trenes de víveres y municiones, á tambor batiente y con banderas desplegadas, saludadas por el ejército enemigo, con todos los honores de Ordenanza.

Estas proposiciones fueron rechazadas por los representantes del Beligerante y las negociaciones estuvieron á punto de romperse, hasta que por fin hubo de transigirse por ambas partes, firmándose definitivamente la triste Capitulación de Monterrey.

He aquí las bases en que se convino para la entrega de esa importante plaza:

ART. 1º — Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2º — Á las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la Infantería sus armas y equipo, la Caballería sus armas y equipo, la Artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3º — Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada por Paso de la Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4º — La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana á las 10 de ella.

5º — Con objeto de evitar encuentros desagradables

y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6º — Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2º artículo, antes de ocho semanas ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes é instrucciones de los gobiernos respectivos.

7º — La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8º — Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9º y último. — Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela al tiempo de bajar la bandera mexicana.

Todavía mientras se practicaban los arreglos y negociaciones conducentes á la entrega de la plaza, el enemigo ejecutaba actos de hostilidad manifiesta; no obstante las protestas de nuestros generales, entre las que hay que hacer constar la de Uraga que defendía el puesto aislado de la Ciudadela donde había una guarnición de cerca de 300 hombres. En un principio trató de resistir, pero comprendiendo que carecía de agua y víveres se sujetó á las estipulaciones de la Capitulación.